

Y, una vez desaparecido, el otro volvió más encantador y más querido que nunca.

Y precisamente en aquel momento se presentó un ordenanza de telégrafos que, tendiéndola un despacho—la pregunto:

—¿Sois vos la señorita Milton?

—Sí.

—Tomád.

Lo abrió.

Era de Niza y no contenía más que estas palabras:

«Pienso en vos.

»RAIMUNDO.»

XXI

Cansancio.

Cuando regresó por la noche á su pobre casa la esperaban malas noticias.

Elena estaba cada vez peor.

No era esto todo.

La nodriza de Danmarim había venido.

Se había mostrado muy exigente y grosera.

Mónica la había calmado dándole á cuenta una cantidad que dejó el bolsillo muy merchado.

Después de su marcha se había restablecido la calma, pero, según todas las apariencias, no debía ser de larga duración.

La aldeana había anunciado su próxima vuelta. No se fiaba de palabras ni de promesas en el aire. Lo que necesitaba era dinero contante y sonante; no podía fiar porque no era bastante rica para poder hacerlo.

En su cólera había empleado un lenguaje duro y violento que hizo estremecer en su lecho á la pobre Elena.

Aurora encontró llorando á su amiga.

La señorita de Solmes estaba en cama. Sufría atrocemente y tenía para largo tiempo.

Un viejo y buen doctor que vivía en la vecindad y visitaba casi de balde á los pobres del barrio, había estado á verla aquel día y la había dicho:

—Sufrís mucho, pero no moriréis por esto. Solamente que habréis de estar dos meses largos sin salir.

¡Dos meses todavía!

¡Y era preciso pagar la casa á primeros de abril!

—¿Cómo nos arreglaremos?—dijo á Aurora.

—¡Bah!—contestó ésta—economizaremos.

Sería duro, pero lo conseguirían.

En todo caso, el casero, que no era malo, las fiaría.

Aurora trataba de aparecer tranquila para consolar á su amiga; pero Elena conocía perfectamente que no decía lo que sentía.

—Sería mejor—dijo la enferma—que muriésemos mi hijo y yo, porque ¿qué va á ser de nosotros?

Aurora la tapó la boca con la mano, diciéndola:

—¿Quieres callarte? ¡Tú, tú eres la única que me da valor! Estate tranquila, que yo ganaré para todos.

Pero ella misma estaba desalentada. El porvenir se la presentaba con los más sombríos colores.

Lo que veía en su casa no era para animar-

la, pues no había más que miseria de arriba abajo.

En las dos tiendas de la planta baja se había presentado durante el día los curiales, cayendo sobre ellos como cuervos sobre un animal muerto.

El frutero había sido embargado por no haber pagado algunos géneros.

El ex comerciante de mercería que ocupaba la tienda situada al otro lado de la puerta cochera, se había declarado en quiebra.

Aquello era como el hundimiento del comercio de la casa.

Cuando los curiales terminaron sus quehaceres en la planta baja, subieron al primer piso á evacuar cierta diligencia de índole parecida en casa de un joyero.

Respecto á salud no estaban mejor que en la cuestión de los negocios.

En casa de la señora Simonet las cosas iban peor.

El médico había añadido un epíteto á la terrible palabra tisis, que por sí sola no era ya tranquilizadora.

Había hablado de tisis galopante; no se lo había dicho á la madre, sino á su otra cliente, la señorita de Solmes.

La había dicho al marcharse:

—Morirá muy pronto, dentro de pocos días, tal vez mañana.

No se engañaba.

Al día siguiente, en el momento en que Aurora iba á salir para ir al kiosko, la señora Simonet la esperaba en la escalera y la dijo arrojándose en sus brazos, llorando:

—¡Ha muerto!

Aurora entró en la habitación de la joven.

La vió tendida en su lecho, ya fría, con los ojos cerrados, blanca como la cera; hermosa, sin embargo, como lo había sido en vida.

Aurora depositó un beso sobre su helada frente, abrazó á la madre y salió, después de haberla preguntado.

—¿Habrá que ir de todos modos?

—¡No hay otro remedio, es nuestro medio de ganar el pan!

Aquel día fué uno de los más tristes que había pasado.

El tiempo estaba brumoso.

El frío había desaparecido, pero el sol no se mostraba.

París permanecía envuelto en una especie de velo gris en el que los paseantes se movían como las sombras.

Los compradores de periódicos que otros días se detenían en el kiosko para decir algo á la expendedora, cogían el periódico y se marchaban sin entretenerse más.

Aurora estaba sola y triste pensando en el marqués de Caylus, á quien hubiera querido volver á ver y en el barón Saint-Aubin, que también había conseguido ocupar su imaginación, ya que no su corazón.

Hubiera querido ver de nuevo al barón para preguntarle y penetrar en sus ideas.

No vino.

Aquella noche encontró su casa más triste que de ordinario.

Había una muerta á dos pasos de ella.

La señora Simonet fué á verla.

La dijo que tenía algunas economías reunidas con mucha lentitud y gran trabajo.

Que no podía hacerse á la idea de que su hija fuera arrojada á la fosa común.

Que iba á hacer una locura, la de llevarla á su país.

Que eso era muy costoso porque estaba muy lejos, pero que qué le iba á hacer.

Que al menos tendría la satisfacción de tenerla enterrada en sitio que sería respetado.

Estaría cerca de sus abuelos, á la sombra de la iglesia de la pequeña aldea del Yonne, cerca de Auscerre. Que esto la costaría quinientos francos ó tal vez más, pero que los sacrificaría.

Que estaría ocho ó diez días ausente, pero que contaba con que ella seguiría reemplazándola en las condiciones convenidas.

Que á la vuelta se encargaría del kiosko.

—Porque comprendéis, querida—la dijo—que la ganancia es poca para las dos. Y además es una colocación que no os conviene. Francamente, vos valeis más que eso.

Aurora, cuando la señora Simonet salió, se quedó pensativa.

Elena que lo notó desde su lecho, la preguntó:

—¿Qué ha venido á decirte?

—Nada interesante... Que se va á su país por ocho días; que quiere hacer enterrar allí á su hija y que volverá en seguida.

Pero para su interior decía:

—¡De modo que todo va á faltarnos! ¡Ocho días! Tenemos ocho días ante nosotras.

Entregada á sus reflexiones, se preguntaba:

¿Dónde está el castigo y la recompensa, lo justo y lo injusto, puesto que aquel Marcello Danglas, después de haber engañado á Ele-

na, después de haber renegado de ella y del hijo del que él era el padre, estaba colmado de honores y de riquezas?

El era quien juzgaba á los demás.

¡El quien los condenaba!

Y aquel Pilet-Desbuttes, que gozaba de la consideración y de la estimación de todo el país Estaba además Bernardo Chavarux.

Este haría carrera; estaba segura de ello.

¿No era la injusticia la que triunfaba en todas partes?

Entonces, ¿para qué la virtud?

Era muy joven todavía, y lo que veía en el mundo no era para darle una alta idea de él.

¿Cómo había sido acogida en aquel París?

Rechazada de todas partes, ó tratada como una cosa que se vende. Obligada á elegir entre la deshonra y una vida miserable y llena de privaciones.

¿Cómo pagar á aquella nodriza que después de todo no pedía más que lo justo?

¡Y el pago del cuarto que se acercaba á grandes pasos!

¿A quién recurrir?

¿No había intentado todo desde hacía cerca de un año?

Otras sin duda eran más felices que ella.

Cuando encontraba jóvenes elegantes y alegres que iban al almacén ó á la oficina charlando entre sí, se decía que había privilegiadas.

Aquellas debían tener amigos, protectores.

Ella nada.

¿Por qué se encarnizaba con ella la mala suerte?

Permanecía, sentada, con la cabeza entre las manos, cuando su amiga la preguntó:

—¿Qué nos queda, mi pobre Aurora?
Sacada de pronto de sus sueños.

—No sé...—contestó—Prefiero no saberlo.

—Sin embargo...

Aurora se levantó para satisfacer la pregunta de su amiga.

Fué á buscar los pocos fondos que las quedaban, y que estaban guardados en un mueblecito traído de la Sauvetière.

Lo llevó á la cama de Elena, diciéndola:

—Vé.

Era desolador.

No quedaban más que treinta francos, contando con los cuatro ó cinco que la desgraciada joven había ganado aquel día.

Imposible ir lejos con tan poca cosa.

La agitación de Aurora se redobló.

Sin decir nada, tiró el bolsillo al cajón de donde lo había cogido, y cerró éste tan bruscamente, que un pedazo de madera del mueble cayó al suelo.

—¿Qué me pasa?—murmuró avergonzada de su cólera.

Después, ya un poco más tranquila, volvió al lecho de la enferma, y abrazándola con efusión, la dijo:

—No temas nada... Estos son nuestros malos días; los buenos vendrán después.

—¡Cuánto trabajas!—murmuró Elena,—¡y qué cansada debes estar!

—Un poco.

—Acuéstate.

—Voy á hacerlo, buenas noches.

Se metió en la cama después de haber apagado la lamparilla que las alumbraba.

Pero no durmió.

—¿Por qué estoy sola? ¿Por qué nadie se ocupa de mí? ¿Por qué me veo obligada á luchar contra tantas adversidades? ¿Por qué no tengo ni apoyo ni consuelo?

Pensaba en sus padres.

¿Dónde estaban? ¿Qué hacían?

Debían ser ricos, puesto que la habían hecho educar con cierto desahogo.

Rica, ella hubiera querido serlo.

Ella, la pobre alma generosa y desinteresada se sentía presa de la fiebre universal, no por ambición, sino porque tenía necesidad de ese oro que da la independencia, y gracias al que se procura uno al menos lo necesario.

Y por fin, se sentía martirizada por un sufrimiento vago, desconocido hasta entonces, que la impedía cerrar los ojos.

Tenía hambre y frío.

La ligera comida que había hecho después de un día de tanto trabajo, no había reparado sus fuerzas.

A cosa de las tres de la mañana concluyó por dormirse.

Una voz que la decía al oído: «Hija mía, ya son las seis», la despertó bruscamente.

Se frotó los ojos y, por primera vez, se arrepintió de haber aceptado un cargo que tanto la hacía madrugar.

La mañana era triste.

Los empleados de la Funeraria llegaban en busca del cadáver de la desgraciada hija de la señora Simonet.

Esta y Mónica estaban á la cabecera de Aurora. La primera la dijo:

—Voy á marchar y vengo á despedirme de vos. ¡Animo!

Se abrazaron.

Aurora saltó de la cama preguntando á la vieja Mónica.

—¿Y Elena?

La aldeana movió la cabeza.

—Ha pasado una mala noche—dijo.—No está bien.

—Iréis á buscar al médico y haréis lo que os diga.

Mónica objetó.

—Es que...

Quería hablar del dinero.

Aurora la interrumpió con aire decidido.

—Compraréis lo que os diga. ¡Tanto peor!

Esto quería decir.

El día en que no haya nada en la casa veremos.

La señora Simonet iba á salir.

Se volvió para hacer algunas recomendaciones á Aurora y se quedó estupefacta.

Aurora se vestía á toda prisa, sin preocuparse de nada, como una mujer que se abandona á sí misma y olvida á los que la rodean.

A la luz de una pequeña lámpara, la señora Simonet pudo admirar los contornos de aquel cuerpo verdaderamente soberbio, joven y vigoroso que Aurora ni aun se cuidaba de ocultar. Después de todo ¿era culpa suya que no tuviera más que aquella habitación para recibir á sus vecinos y vestirse?

¡El pudor!

Eso es bueno para las hijas de familia bien guardadas por sus madres.

¿Tenía tiempo siquiera de pensar en eso?

¿Y el kiosko donde era preciso estar para recibir los periódicos?

¿Y el dinero qué era preciso ganar?

La señora Simonet la abrazó de nuevo y la dijo al oído:

—¡Adiós! cuidado de todo... Sois tan hermosa como valiente y buena. «¡Qué digna sois de ser feliz!»

Las dos mujeres cambiaron una mirada triste y se separaron.

En la escalera se oía ruido de pasos y de tablas que chocaban contra las paredes.

Aurora hubiera querido estar lejos.

Acababa con febril actividad sus preparativos de partida.

Entretanto no podía menos de pensar en las palabras de su vecina.

¡Buena!... Lo había sido sin duda, pero le parecía que aquella bondad había concluido.

¡Valiente!... No; ya no lo era; su valor tocaba á su fin.

Se hacía estas reflexiones mientras arreglaba su toquilla ante un espejo.

De pronto se acercó más á él, y examinándose con atención dijo:

—¡Hermosa!

Seguramente debía serlo, á juzgar por lo que aun la víspera le habían repetido tantas veces los que habían ido á comprar periódicos.

—¡Qué hermosa sois!—le habían dicho muchos.

Sí, era todavía guapa, más que guapa, hermosa.

De las cualidades que había traído de la Auvernia, era la única que la quedaba.

Así se lo decía ella con pesadumbre.

Pues bien, aun esta misma cualidad estaba á punto de desaparecer como las otras.

Su cara, de facciones tan puras, tan fresca no hacía aun mucho, se ajaba; sus ojos perdían su brillo, ¡ah! sus ojos sombríos, admirables siempre en su pálido rostro.

Su satinada piel, tan fina, se ajaba como una rosa agitada por un viento áspero.

Y desaparecido esto, ¿qué la quedaba?

Nada.

La miseria, la desesperación, con el Sena al fin para arrojarse en él, ó el carbón para asfixiarse.

Pues bien, no; eso no sucedería.

Había terminado su *toilette*. Se acercó á la puerta de Elena, y la dijo:

—Estoy muy retrasada... marchó escapada... Queda tranquila; todo irá bien... hasta la noche.

Estaba ya al pie de la escalera cuando en la habitación de la señora Simonet oyó martillazos.

Era que estaban encerrando en su féretro una de las víctimas de París.

Enjugóse una lágrima y huyó.

XXII

En la costa del Mediterráneo.

Al volver á encontrar á la joven, cuyo gracioso y hermoso rostro le habían interesado tan vivamente, el mayor de los Caylus, el hermoso Raimundo que la veía reducida á una situación tan precaria, tuvo un buen movimiento.

Esta fué la primera impresión.

Se dijo que lo que Aurora no había podido

encontrar, á él le sería fácil encontrarlo para ella.

En efecto, con sus relaciones en la alta sociedad, y sus conocimientos entre las modistas á quienes pagaba con frecuencia cuentas de alguna de sus clientes de vida más ó menos alegre, no hubiera tenido necesidad más que de haber expresado su deseo, para que Aurora hubiera tenido una colocación que la permitiera vivir en aquel medio de encajes y de fruslerías que tanto agrada á las mujeres, y aun abrirse camino y llegar á la envidiada posición de primera ó de vendedora con el tiempo.

Esto era casi la fortuna, el desahogo al menos.

Después tuvo otro movimiento.

El marqués pensó:

Esto sería una lástima.

¡Colocar á Aurora era hacerla independiente, hacerla muy visible, crearse rivalidades!

Ahora bien, el hermoso Raimundo la quería para él solo y reducirla á aceptar sus condiciones.

Algunos días, algunas semanas de miseria la harían dócil, la pondrían suave como un guante!

¡Qué virtud resiste á los golpes de la suerte, á las privaciones repetidas, á los malos consejos de la miseria!

Cuando llegó á casa, el marqués había tomado su partido.

Seguro del éxito, resplandecía.

Su alegría era tan visible, que su hermano le preguntó:

—¿Qué tienes?

Iba á contarle su entrevista con Aurora,